

Frágil constancia de libélulas

FERNANDO MARTÍNEZ RAMÍREZ | UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA,
AZCAPOTZALCO

*Hay un poema antiguo
que dice
yo soy el jefe
de esta tribu
en mí se han dado
los poderes
soy el viajero
que los acompaña
en el tiempo*

Francisco Pabón¹

En el *Diccionario de los símbolos* de Chevalier se nos dice que el rojo es para muchos pueblos el primero de los colores, por su vínculo fundamental con la vida. Sin embargo, hay un rojo nocturno-hembra, cuya fuerza es centrípeta, y otro rojo diurno-macho, centrífugo, que lanza su brillo sobre las cosas. La fuerza concéntrica del rojo femenino es maternal y digestiva, procrea e inicia, es la noche sagrada del útero donde moran las palabras arquetípicamente femeninas, como *anima*. La fuerza en fuga del rojo-colorado, masculino, es solar y erótica, además de *egokinética*, es decir, expansiva, luchadora y a veces incontrolable; es la ficción ética del *animus* que se empeña siempre en conquistar. Rojo y colorado, es decir, *anima* y *animus* como dos momentos de un todo: la partida del héroe, la iniciación y sus conquistas y al final, traspuesto el umbral del yo, el retorno. Escribir en tinta roja es, pues, un gesto ambivalente, un movimiento en espiral: desde las profundidades del alma surge la palabra para transformarse en espíritu. Se trata de un salto desde la intimidad hasta el mundo, de una explosión del psiquismo andrógino que

¹ Francisco Pabón, *Tinta negra, tinta roja en tres variaciones*, México, Instituto Mexiquense de Cultura, 1997. (Cuadernos de Malinalco 31)

caracteriza al ensoñador de palabras, según Bachelard². La dialéctica del rojo es la del ser y sus potencialidades, en las que es necesario extraviarse para recuperar el centro y el origen.

El negro es la noche del tiempo, la oscuridad gestadora, el símbolo de la no manifestación. Por su ascendencia ctónica, se vincula con el nacimiento y por lo tanto con el rojo femenino, aunque es anterior a él. Es el color de la nada, de la angustia y de la muerte, pero también del buen consejo, pues nadie que no piense en la muerte puede decir con alguna certeza que *es*, aunque el ser sólo se revele al final del camino. Escribir en tinta negra es asumir metafóricamente que siempre hay algo de desesperanza, a pesar de que la escritura represente un modo de posponerla, un paliativo ontológico. Negro sobre blanco o negro sobre ocre, tal es el contraste donde, por lo regular, sobrevive la palabra. Es decir, la escritura es el gesto de los valores absolutos. Con tinta negra llenamos la *tabula rasa* de la vida, de tinta negra están hechos cada uno de mis actos, como éste a través del cual hoy nos esforzamos por un decir que diga algo, nosotros, que sólo presentimos cuál es nuestra tribu y las múltiples voces donde descansa su identidad, nosotros que aún estamos en el vértigo que aleja del centro y del origen.

Tinta negra, tinta roja y un poema antiguo. Sucede como con cierto amante que, por no resultar melodramático al declarar su amor, le dice a su amada: te amo con todo mi corazón... y se protege de cualquier desconfianza agregando: como dice Corín Tellado. Se trata de una invención simbólica, un llamado a la autoridad que disfraza esa conciencia impúdica del poder adivinador que regalan las palabras. El caso es que «Yo soy el jefe de esta tribu», *como dice un poema antiguo*, y os voy a hablar de vuestra cultura, pues me ha sido otorgado el don y la necesidad de hablaros de ella, y también de la palabra, y de mí, y del amor.

El miscanto,
carrizo que canta con sus plumeros al viento,
trae tu sonrisa
esta tarde fría de febrero,
tarde ceniza de miércoles
habitada por juncos orientales

² Cf. Gastón Bachelard, *La poética de la ensoñación*, México, FCE, 1997.

La cultura comienza por ser un espacio interior de recuerdos y olvidos, un lugar en nosotros mismos que siempre sobrevive localizado, en casas largas con maderamen entejado, según nuestros propios arquetipos, o en campos minados por diferencias por donde transcurrimos de modo inadvertido, pues un canto extraño, de lejanas topografías, en algún momento comenzó a absorbernos y ha terminado por dislocar el *axis mundi*, el eje que olvidamos ante la fascinación por el mundo. Se trata de un conflicto que comienza por la tierra y llega hasta la palabra. El habla se erige en la puerta del conocimiento y de las diferencias, en el escenario de espejos donde se fragua la cultura y la transcultura, el lugar donde nos percatamos de nuestras diferencias y donde también pueden diluirse.

Escribir es el reducto perfecto donde podemos perseguir nuestra imagen y tal vez localizarla en ese juego de espejos en que se ha convertido la cultura: lo que creemos estar siendo no es sino el reflejo oracular donde nuestro pasado se colude con la rebanada de ideología y el pedazo de espíritu que hemos asumido, y tal asunción no es sino la manera en que la libertad nos aísla. Sorprendemos así a nuestra propia insignificancia instalada a sus anchas, la alimentamos y terminamos por adoptarla, porque encuentra su parapeto perfecto en esta metafísica de la personalidad que nos defiende y reconforta, que hace posible el trance revelador del otro-nuestro y mejor que nos espera con paciencia, siempre.

Así es la certidumbre de la cultura, una certidumbre ganada a costa de nuestra propia divinidad, a pesar de nuestras iconoclasias más fieles, arrebatada a los dioses que un día pudimos ser; sin embargo, preferimos la ética saludable de los espejos. Nuestro delirio, nuestra locura, el amor, el odio, nada resultó más poderoso que la cultura refractaria. La posposición perpetua, el estado de lanzado ha llegado a ser nuestra condición y, contentos, hasta le asignamos el nombre de esperanza, que aquí se vuelve melancolía, allá nostalgia o más allá angustia, con sus distintos matices de heroísmo.

Libélula nocturna
 tu aliento tibio
 entra por mi garganta
 y estalla en mi pecho
 su oquedad
 su canto voluptuoso y triste

Ebrios en un mar de símbolos, hoy deseáramos la inocencia originaria, si es que alguna vez existió, quisiéramos unos colmillos menos retorcidos que no

nos hicieran sospechar hasta de nuestras propias certidumbres, y los lances amorosos que concitan las palabras, lances fraguados a costa del sueño, no promoverían su propio fastidio. Este artificio de los espejos hace que todo pueda ser explicado y comprendido: siempre estará el otro para darnos o darle la razón. Y el poeta, tras deambular por la textura de sus palabras, a lo largo del opio dulce de sus razonamientos y de sus aventuras, imaginarias casi siempre, es decir, después de afrontar el prurito de decir asumiendo su propia arbitrariedad, logra por fin alejar por un instante el peligro de tener la razón, y en mitad de la noche o en medio del amor aleja por un momento el miedo, y la sonrisa surge diáfana ante la frágil constancia de sí mismo que ha nacido en ese cotejo con las palabras, como «otra manera de contar las cosas» y un consecuente regocijo.

Alguna noche,
bajo la luna, con un suave cierzo
que venga de las escolleras,
seremos tres,
tú, yo y la vía láctea.
Entonces, mujer-miscanto,
un rumor traerá a tu vientre
una pujanza que te empape
de jazmines...

El jefe de la tribu es el poeta y su don es la palabra, el versículo, el tiempo y los sueños... La palabra que simboliza "de modo general la manifestación de la inteligencia en el lenguaje, en la naturaleza de los seres y en la creación continua del universo; es la verdad y la luz del ser"³. Como dice Pseudo Dionisio Areopagita en su tratado sobre los *Nombres Divinos*: "Sólo el Verbo supere-sencial asume para nosotros nuestra propia substancia de modo entero y verdadero; por su acción como por su pasión él sólo, propia y singularmente, asume la totalidad de la operación humano-divina."⁴

Así partimos hacia la cultura, guiados por el jefe de esta tribu, por el Nomotetes platónico, aquel Forjador de Denominaciones, legislador de la palabra⁵ al que imaginó el filósofo escogiendo libremente el material fónico para hacer

³ Jean Chevalier y Alain Gheerbrant, *Diccionario de los símbolos*, Barcelona, Herder, 1986.

⁴ *Ibid.*

⁵ V. Platón, *Cratilo* (versión de Ute Schmidt), México, UNAM, 1988. (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana)

transparente la esencia de las cosas. Empezamos por reconocer que la aventura comienza por la lengua, el español que se dice en estas tierras configuradas por la conquista. Es el español anfitrión de las palabras. Y ya situados en ellas, con su ritmo y sus oscilaciones, podemos intuir que son distintas de las cosas, que existe siempre una distancia que explica, complica y trenza el mundo según busquen salir o se aproximen, inventen, creen o alejen...

Y desnudos,
 en un periplo de caricias como sutras,
 escucharás te amo, libélula nocturna,
 llévame contigo...

Las palabras resultan, por tanto, el primer horizonte ético y el primer silencio como un salto de las cosas a sus nombres, son el mundo que se pone ante mí queriendo decir algo y, cuando lo dice, es sólo para desaparecer "explicando complicando". Las palabras son el eslabón imperfecto y sobrecogedor, y por más que lo deseemos no son como las cosas. Les damos la estafeta para ver si insistiéndolas logran alcanzar a ese ser que no miro, y desarticular a ese otro que las propias palabras, las palabras-cultura protegen y ocultan. Bajo todas nuestras certidumbres bien vestidas, las palabras que al querer decir soslayan su propio silencio, su imposibilidad definitiva, su exigua impostura ontológica. Desfilan ante nosotros, proféticas y ambiguas, eróticas o haciendo señas.

Profecía, tierra y tiempo. Así traman las palabras hasta convertirse en reflejo del palimpsesto que ha llegado a ser la cultura, ese conjunto de huellas que desaparecen unas tras otras sobre la tierra. Pero la tierra como asidero de verdad, como metáfora de cieno primordial, capaz de reconfigurarse siempre sin olvidar que, con cada nueva recreación, no desaparecen las antiguas historias porque las sostiene el barro que es infraestructura antropológica. Eso que antes se ha nombrado eterno retorno o vanidad de vanidades, no hay nada nuevo bajo el sol, hoy el Nomotetes Decidor lo asume y lo plantea como "otra manera de contar las cosas", convocando imágenes de la naturaleza y del sueño. La palabra cosecha y también siembra. Cada una y cada uno de nosotros es semilla y bosque, es todas las cosas, las que han sido y las que vienen. Es el bosque cultura que late en todo, similar al lenguaje que habita en cada palabra. "Estamos escribiendo en la semilla misma" para ver lo viejo en lo nuevo, y aunque no podemos negar la topografía de las emociones, su localización en ciertos lugares, en aquella choza, en ese sitio que es morada de una aventura, aunque es inevitable la cosmización de lo que alguna vez hemos sentido, tampoco podemos negar que una manera de barrer con esta topografía es

pensarse bosque o marea, “subiendo bajando”. Así se da la erosión y se renueva la cultura. Es la palabra-agua que recalca en el casco viejo de los hechos y los llena de un ser nuevo.

Se trata de un devenir de la expresión que es a su vez un devenir de nuestro ser y de la cultura, según concepción feliz de Gaston Bachelard, para quien “el poeta, en la novedad de sus imágenes es siempre origen del lenguaje”⁶. Lo que importa es la emergencia del lenguaje, vivido en sus repercusiones y afianzado irresponsablemente. Se trata de un «no» callado al psicologismo y una aceptación arbitraria de la fenomenología como el otero desde donde buscamos *el ser de la poesía*, el ser de las cosas, desde donde seguimos al jefe de esta tribu.

El fenomenólogo –aduce Bachelard– no va tan lejos. Para él la imagen está allí, la palabra habla, la palabra del poeta le habla. No es necesario haber vivido los sufrimientos del poeta para recibir la dicha hablada que ofrece –dicha hablada que domina el drama mismo. La sublimación, en poesía, supera la psicología del alma terrestremente desgraciada, es un eje: la poesía tiene una felicidad que le es propia, sea cual fuere el drama que descubre.⁷

Somos todas las cosas, pero aun así es inevitable lamentar lo lejano que pueda estar nuestra tierra, lejano siempre de algo, con su “crisol de pieles” y sus aspiraciones. El drama, después de todo, es saberse solo y, a pesar de ello, seguir buscando: el campo, el horizonte, el agua, el viento, el descanso. Pues, aunque termina por descubrirse que “la vida es más grande que la angustia o la tristeza”, y que, por tanto, no tiene sentido seguirse enmarañando, no podemos concederle la razón a la bienaventurada paz, epicúrea, esa que algún día terminará por imponerse, cuando las fuerzas se debiliten. Tal concesión sería no tener presente que un olvido metafísico marca nuestros destinos, casi siempre...

El miscanto
carrizo que canta con sus plumeros al viento
viaja por las escolleras
hacia el mar de los sargazos

Por eso, únicamente somos nosotros, con nuestro camino y los surcos que dejamos, y “sin más armas que las palabras”, quizás porque de las cosas sólo

⁶ Gaston Bachelard, *La poética del espacio*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983.

⁷ *Ibid.*, p. 22.

quedan sus nombres, como un canto que se lleva en la boca, suplantando los temores noctívagos, las alegrías evanescentes. Son las palabras como un remanso funesto, el acto prestidigitador donde desaparecen, a pesar del recuerdo, los recuerdos-beso, los recuerdos-boca, rostro y nombre. Tal es el simulacro paradójico de la creación: un cuarto, la ciudad, el sueño, las reminiscencias, y el verbo: la concreción escrita donde desemboca la rueda nocturna donde el Hacedor se fatiga y descansa.

Un día, igual que el jefe de esta tribu, partimos hacia una batalla urgente, apurados por emociones, y luchamos contra todos los bandos, sólo para perder el alma. Sin embargo, del otro lado de la derrota, traspuesto el umbral de nuestros apremios, seguía esperando el primer estado de cosas. Después de guerrear contra nuestros demonios, retornamos al fin como unos “triunfadores sin alma”. Ésta es la dialéctica que instiga al espíritu, es el viaje del héroe, que necesita conquistar la felicidad para vencer a su propio ser vulnerable. Es nuestro ser trágico que terminará por lamentar, muy probablemente, lo inútil de la vida, para que así la felicidad conquistada alcance su verdadera plenitud y monotonía. Tal es la actitud metafísica que configura todos nuestros deseos.

un viernes y otro
 en este tiempo de cometas
 más otras noches luminosas
 en Balún Canán y San Cristóbal
 su pasión de carrizo-carcajada
 se irguió sobre mi vientre y sus jazmines

Cada individuo, cada rostro humano es un breve ensueño de la eterna voluntad de vivir. Y a veces es preciso engañar incluso a la muerte, como lo intentó Sísifo. La vida afianza su carácter tragicómico porque, a pesar que desde su perspectiva reconocemos lo inútil que resultan muchos de nuestros afanes, continuamos jugando a ser dignos, por más que el destino no nos tenga reservado un momento de descanso. Y es que la estupidez humana es tal, que persigue como fin la opinión de los demás; sin embargo, el hombre está abandonado a sus propios recursos, no tiene dioses para salvarlo. El dolor, dice Schopenhauer, es todo aquello que estorba nuestras aspiraciones y que vuelve imposible el descanso final en esta vida tal y como es vivida, además de que revela al presente como el momento en que se derrocha la existencia, como el instante íntimo y enajenante en el que todo individuo muere un poco y evita la muerte definitiva, que habrá de llegar. Los sueños de Sísifo son los sueños de la actividad inútil, la piedra de sol que tiene que ascender hasta la cima de la

colina, de la bóveda celeste, para irremediablemente volver a caer. Y no obstante, suponemos que hay "razones que sólo nosotros entendemos".

Animus y anima. Tras deambular por el opio dulce de nuestros razonamientos, descubrimos que todos llevamos por dentro un sur, la necesidad de retornar a la Ítaca de nuestra felicidad. No obstante, siempre habrá algo de espera, algo por descubrirse, aunque sólo sea el vacío dulce de una palabra "nueva". Ésta es otra manera de escribir sobre *las cosas*... Pero algo nos ha faltado: hablar de la dialéctica de los amores perfectos. Tal vez un día, cuando la voluntad haya recuperado su semblante...

ha sido un viaje rutilante
cortejado por lunas
rojas, blancas
un periplo de caricias como sutras
y zumbidos de libélulas nocturnas

mujer de magia y viento
canta
canta y baila
en ese mar apacible
donde flotan alas de sargazos